

LA CALLE DE LOS JÓVENES EN LA CIUDAD DE MÉXICO:

territorios y redes de las poblaciones callejeras

Rebecca Danielle Strickland 

Cientos, sino es que miles de niños y jóvenes han construido un mundo de vida en las calles de la Ciudad de México. Ellos han eliminado la división de espacios públicos y privados en sus vidas, ya que la calle constituye ambos tipos de espacio para ellos; duermen, comen, trabajan, juegan, aprenden, sufren y aman entre aproximadamente 18 millones de otros habitantes que transitan por estos espacios. ¿Quiénes son estos niños y jóvenes y qué es la calle para ellos? ¿Cómo se apropian de la calle como territorio y qué rol juegan las redes callejeras en sus vidas? Son estas preguntas a las cuales dedico este texto.

122

De “los niños de la calle” a “las poblaciones callejeras”

Durante las últimas tres décadas, el término para referirse a las niñas y los niños que sobreviven en la calle ha sido tema de discusión.

Vale retomarla por dos razones: primero para plantear una reflexión sobre el valor y peso que traen estas etiquetas, y segundo para explicar el relativamente nuevo fenómeno de ‘poblaciones callejeras’.

El término más común a lo largo de la historia de esta realidad en Latinoamérica es ‘niño de la calle.’ En los años ochenta, UNICEF internacionalizó este concepto con la intención a diferenciar entre los ‘niños en la calle,’ que sólo trabajan en la vía pública, y los ‘niños de la calle’ quienes “viven” en la calle (Fletes 1996). A partir de los ochenta, salieron otros términos que fueron promovidos por UNICEF y el DIF entre otros, como ‘niños abandonados’, ‘menores en situación extraordinaria’, ‘menores en circunstancias especialmente difíciles’ y ‘niños en situación de calle,’ entre otros (Pérez 2003). Cada nombre afecta la percepción pública de éstos, que por ende afecta sus procesos de identidad. En respuesta a esta variedad de términos, han salido varias críticas. Primero surgió la queja que no son de la calle y el término ‘niño de la calle’ va en contra de la idea de priorizar y fortalecer los vínculos familiares.

Por eso adoptaron el término ‘menores en situación de calle’ para referirse a ambos los niños en y de la calle. Luego la palabra ‘menor’ se consideraba degradante para las personas con menos de dieciocho años de edad. Posteriormente se decidió que era importante especificar ‘niños y niñas’ para no ser sexista, así

 Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales del CIESAS Occidente y Presidenta de los Consejos Directivos del Colectivo Pro Derechos de la Niñez A.C. (CODENI), en Guadalajara, y AHALA Children’s Rights Foundation, basada en Roanoke, Virginia.

como incluir ‘adolescentes,’ ya que los mayores de once años de edad ya no se consideraban como ‘niños’. Así pues el nombre políticamente correcto llegó a ser ‘niñas, niños y adolescentes en situación de calle.’

Desde el 2002, El Caracol, A.C. empezó a promover el uso del término ‘poblaciones callejeras’ que se refiere a todas las personas que sobreviven en la calle. Por un lado, simplifica y facilita el problema de la terminología. Por otro lado, se pierden las distinciones entre esta población. Hay grandes diferencias entre los niños, jóvenes y adultos callejeros, por ejemplo. El tiempo que uno lleva en la calle también marca diferencias entre las poblaciones callejeras. Es difícil categorizar juntas a personas que llevan cinco meses en la calle con otras que llevan cinco años. Sin embargo, hay una cultura, una identidad y un modo de vida callejero que estas personas comparten.

Entre los niños y jóvenes ya son pocos los que duermen al aire libre. Es más común que renten un cuarto entre varios callejeros o que se apropien de una casa abandonada, por ejemplo. Este no significa que no son callejeros; al contrario esta es la realidad de la cultura callejera hoy en día. Esta cultura constituye un mundo de vida distinto a lo de la inclusión social. El primer paso para la intervención efectiva con las poblaciones callejeras es reconocer esta distinción y buscar eslabones y relaciones horizontales entre los dos mundos de vida.

Martin Pérez (2009) identifica tres tipos de grupos callejeros. Los primeros son ‘grupos de tránsito’, los cuales tienen una población inestable y generalmente se encuentran en lugares como las terminales de autobuses o por las vías del tren. Luego hay ‘grupos arraigos’, los cuales se encuentran en zonas del periférico. Muchos de los integrantes de estos grupos llevan una trayectoria de múltiples años en la calle y han llegado de ‘grupos escuelas’, el tercer tipo identificado por Pérez. Estos son los grupos que se encuentran en el centro de la ciudad, conocen e interactúan con varios proyectos de asistencia social, y enseñan a nuevos niños como sobrevivir en la calle. El modo de vida entre estos tres grupos tiene variaciones, pero comparten una cultura callejera innegable (ídem).

Ahora hay menos niños y más jóvenes callejeros en la Ciudad de México. El último censo del Instituto de Asistencia e Integración Social (IASIS) de las poblaciones callejeras (2009), reportó que el rango de edad con más integrantes es de 18 a 29 años. Contaron 740 integrantes en este grupo, a comparación a solamente 255 entre cero y 18 años (IASIS 2009). Mientras hay aproximadamente cuarenta OSC dedicadas a los niños y niñas en situación de calle en el D.F., ha habido pocos proyectos dirigidos a los jóvenes callejeros. Afortunadamente, varias organizaciones, entre ellas El Caracol, **ednica** y Fundación Pro Niños de la Calle, se han dado cuenta de la necesidad de trabajar con esta población y ya no limitan sus servicios a los menores de edad. El mundo académico, por el otro lado, sigue atrasado en este campo. Mientras se han publicado docenas de estudios sobre ‘los niños de la calle’ en México durante la última década, no he encontrado ninguna investigación sobre la juventud callejera en este país.

Tampoco se ha adoptado el concepto de ‘poblaciones callejeras’ y siguen escribiendo sobre los niños de la calle, como si no compartieron un mundo de vida y una cultura con jóvenes y adultos callejeros.

¿Qué es la calle para los niños y jóvenes callejeros?

La calle es un espacio público asociado con el contexto urbano. Generalmente, la gente distingue la calle de espacios privados, como su hogar, y de espacios más familiares como la iglesia, la escuela, el trabajo, etc. Entre la gran diversidad de gente que cruzan las calles, se encuentra todo tipo de percepción de este espacio. Hay quienes la ven como un espacio peligroso, pues es donde se encuentran con desconocidos y hay más probabilidad que uno de ellos te haga daño que algún conocido en un espacio más familiar. Hay otros, a menudo los jóvenes, que la ven como un espacio libre, donde la gente no te conoce y donde te puedes actuar como quieras. Ésta es la perspectiva asociada con los niños y jóvenes callejeros; llegan a la calle en búsqueda de la libertad o la autonomía que no se encuentra en sus hogares (Shaw 2002).

Patricia Murrieta (2008) profundiza esta idea, considerando lo bueno y lo malo de la calle desde la perspectiva de los niños callejeros en el Distrito Federal. Por el lado positivo, la calle es un espacio donde se encuentran las condiciones mínimas e indispensables para vivir; aquí se simplifica la vida. También se encuentra el afecto y la protección entre otros callejeros, así como reconocimiento y aprecio, los cuales a lo mejor faltaban en el entorno de abuso y maltrato de los hogares abandonados por estos niños y jóvenes. En la calle se pertenecen a un grupo, algo de gran importancia a cualquier adolescente (Lucchini 1998). Además, la calle les brinda encuentros que promueven una sensación de poder, tales como oportunidades a robar, decepcionar adultos, y aprovecharse de niños más pequeños o nuevos ingresos a la calle. Finalmente, reconocemos que la calle es un espacio donde el niño o joven es independiente y libre a tomar sus propias decisiones, consumir drogas, tener relaciones sexuales, etc. (Murrieta 2008).

Por el otro lado, hay varias características de la calle que rechazan a los niños y jóvenes. No se pueden negar las malas condiciones de vida aquí. Es difícil conseguir atención médica y hay un aumento en enfermedades. La norma de abuso de otros callejeros y servidores públicos, por ejemplo, también contribuye a la percepción negativa de la calle. Mientras la mayoría consume drogas, los niños callejeros reconocen el daño que hacen y asocian las adicciones con la calle. También reconocen la dependencia que tiene en otros individuos para sobrevivir en la calle. Como veremos más adelante, las redes callejeras son indispensables para la permanencia de un niño en la calle. A pesar de las relaciones afectivas y el apoyo de otros callejeros, en la calle no se puede negar la soledad y la falta de una estructura que los contenga. Al final de cuentas la inseguridad de la calle predomina todo lo que atrae a los niños (ídem).

La calle como territorio apropiado

Diversos estudios urbanos, desde donde se aborden “la construcción y la expresión de la identidad local, la formación de imaginarios, o la apropiación o construcción de lugares, nos muestran que la ciudad es un espacio en disputa” (Hernández 2008: 29). Aunque la calle es un espacio público, está dividido en territorios. Cada niño callejero tiene su zona de trabajo, lugares de diversión y espacios para dormir. Los espacios de trabajo y otras actividades de la vida cotidiana se disputen entre estos grupos, trabajadores del comercio informal, pandillas, etc. (De Venanzi y Hoaica 2003; Murrieta 2008). Augusto De Venanzi y Gisela Hobaica escriben sobre “un gran acuerdo social interno no solo para defender su territorio sino también para proteger las pocas posesiones materiales que poseen” (2003: s/p). Según ellos, cada grupo de niños controla un espacio de la ciudad en lo cual conocen los recursos potenciales. Los niños salen a otras zonas a robar para no predisponer a quienes les ayudan dentro de su propio territorio (ídem). Los espacios que los niños callejeros pueden adoptar como territorio son los que no están completamente controlados por la cultura dominante, pues hay ciertas zonas de la ciudad donde los callejeros son más rechazados o simplemente no permitidos.

Los policías y otros vigilantes juegan un rol importante en los territorios de la calle, ya que a menudo tienen la función de ‘limpiar’ sus zonas de trabajo (Murrieta 2008: 53). A veces los callejeros pagan a las autoridades para poder trabajar en cierta zona. Esto es muy común para los niños que cuidan coches en las calles donde hay medidores o donde se prohíbe estacionarse, compartiendo territorios entre policías y callejeros. Los cuida-coches cobran a la gente que se estaciona y los policías pasan a cobrar una comisión por trabajar en su territorio. Así que los territorios cuentan con diversas estructuras de poder.

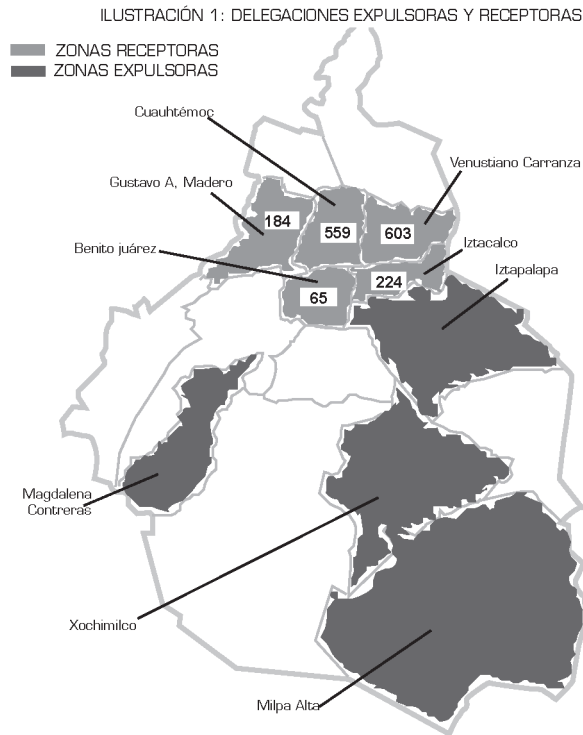
Debajo de la policía, los que controlan los territorios callejeros suelen ser los que más tiempo llevan en el espacio o los que tienen mejores contactos. Relaciones con policías y otros actores en posiciones de poder, como inspectores del Ayuntamiento o dueños de negocios en la zona, por ejemplo, les brindan poder sobre los otros callejeros en el territorio. Un niño que carece del apoyo de un grupo en cierto territorio, relaciones de poder, o dinero “tiene que encontrar

otra forma de proteger sus privilegios territoriales” (Márquez 1999 en Murrieta 2008: 90). Que a alguien le sea permitido integrarse a un territorio ya ocupado por otros callejeros es un proceso complicado, pues más gente pidiendo o trabajando en un espacio significa menos ingresos para todos. Los territorios también pueden ser divididos por horarios, dando poder a diferentes actores durante el día, por la noche y los fines de semana, por ejemplo. Murrieta (2008) habla de pandillas que entran a la terminal de autobuses hasta la noche, cuando no está ocupada por tantos ambulantes con quienes tendrían que disputar el territorio.

La segmentación de la calle en territorios por estos niños y jóvenes se limita a espacios públicos y no incluye zonas residenciales de donde han huido, ya que varios textos destacan el rechazo de estos niños y jóvenes de sus viejos barrios. Tobias Hecht (1998) explica que los niños callejeros que estudió en Brasil sienten temor de ingresar a los barrios pobres para visitar a sus familias. De Venanzi y Hobaica respaldan esta idea, mencionando la estrategia de regresar a sus colonias solamente acompañado por otros niños, debido al miedo que tienen de los niños y adolescentes no-callejeros que controlan estos territorios (2003).

El censo realizado por el GDF, UNICEF y el DIF DF en 1995, así como el censo de IASIS del 2009 nos permiten considerar dos categorías en la ciudad: zonas expulsoras y zonas receptoras. Patricia Redondo (2002) argumenta que las fronteras entre estas zonas no sólo se limitan al sentido geográfico planteado por la teoría urbana de centro-periferia, sino también relacionan a la inclusión y exclusión social. Los niños callejeros generalmente huyen de las colonias marginadas en la periferia de la ciudad (zonas expulsoras), espacios ocupados exclusivamente por los pobres que viven allí, al centro de la ciudad (la principal zona receptora) donde se mueven y conviven con gente de todas las clases sociales.

Las delegaciones del Distrito Federal reconocidas como ‘expulsoras’ y ‘receptoras’ están señaladas en la ilustración uno. Las delegaciones señaladas como principales expulsoras (Iztapalapa, Milpa Alta, Xochimilco y Magdalena Contreras) son las más marginadas de la ciudad (Red por los derechos de la infancia 2008). Los números en las delegaciones ‘receptoras’ marcadas en la Ilustración uno representan la población contada en estas zonas en el último censo (IASIS 2009).



De los 185 puntos de encuentro de niños callejeros que se identificaron en el censo de 1995, la mayoría se encuentran en las cuatro delegaciones receptoras: Cuauhtémoc, Benito Juárez, Miguel Hidalgo y Venustiano Carranza. Estas delegaciones comparten el centro histórico de la ciudad y otros sitios de interés para los niños callejeros. Los puntos de encuentro destacados en el censo refieren a los lugares o espacios físicos donde se observó a los niños callejeros. La mayoría están en cruces y avenidas, mercados, tianguis y estaciones de metro. Después de éstos, siguen en popularidad los parques, corredores comerciales, zonas turísticas, terminales de autobuses, baldíos, y estacionamientos (GDF et al. 2000). El censo de 2009 también incluye la delegación de Iztacalco dentro de las más pobladas por los callejeros. El conjunto de estas cinco delegaciones compone una zona muy transitada por gente de las clases medias y altas en la ciudad, con una amplitud de andadores, restaurantes al aire libre, etc. Estas delegaciones son donde se concentran sobre todo actividades comerciales, turísticas, financieras y de gobierno, así ofreciendo mayores oportunidades para los niños callejeros, debido al flujo de dinero y la movilidad de gente en estas zonas.

En suma, los territorios en la calle se controlan por los actores con más poder. El poder por relaciones, dinero o antigüedad es primordial para que alguien sobreviva y permanezca en la calle. Hay una lucha constante por los mejores sitios en los lugares abiertos y semi-abiertos de la calle donde se puede conseguir dinero y comida. Para los que logran cierto nivel de poder en estos espacios se facilita la vida callejera. En menos tiempo y con menos esfuerzo consiguen el dinero requerido para comida, drogas, videojuegos o cualquier otro gasto que tengan. A un niño sin poder propio o contactos de poder se le dificulta más la vida callejera y según Murrieta (2008) tiende a durar menos tiempo allí.

Las redes callejeras

126

Los niños y jóvenes callejeros construyen redes con varios fines. Logran relaciones para asegurarse cierto nivel de bienestar y pertenencia (afectivo, emocional, solidario, protector), así como otras redes y rutas cotidianas para la obtención de alimentos, drogas y techo (Cornejo 1999). Debido al abuso policíaco y otros predadores en la calle, es esencial que cuenten con contactos de seguridad y protección. Normalmente los callejeros forman bandas con por lo menos otros dos integrantes para cubrir estas necesidades. Un niño recién llegado a la calle rápidamente se da cuenta de la urgencia de aliarse con otros callejeros con más experiencia y conocimiento de la vida callejera (Rizzini y Butler 2003). Murrieta (2008) argumenta que las redes son más importantes que el dinero o la comida, ya que sin ellas no puede defenderse ni permanecer en la calle. Aparte de las relaciones que los callejeros desarrollan para conseguir dinero, comida, drogas y otros artículos de interés, consiguen contactos para ayudarles a defender su territorio y sus posesiones, a trabajar en ciertos espacios, a protegerse de las autoridades, etc. Asef Bayat (2000) argumenta que las redes sociales también son indispensables entre los callejeros para controlar el espacio y proteger su forma de vida en contra de las agencias burocráticas del Estado. Como explica Murrieta:

Las zonas dentro de las cuales pueden moverse dependen de las redes de apoyo, de las actividades económicas informales y del ánimo del niño para desplazarse. Una red extensa facilita la permanencia en la calle, dado que permite la movilidad y las opciones aumentan. Los niños ocupan espacios en donde son constantemente violentados y por eso tienen que desplazarse alrededor de la ciudad, buscando un lugar en el cual se asienten temporalmente y obtengan sustento o diversión. Los apoyos permiten este movimiento y esa apropiación de espacios (2008: 90).

Así que el territorio depende de las redes de apoyo del callejero o de su grupo. Sin contactos en ciertas zonas, no hay seguridad a moverse por allá. Los callejeros reconocen estos límites y en muchos casos buscan lograr cierta elasticidad de las redes, asegurando fuentes de apoyo en diversos lados. Al mismo tiempo, la elasti-

cidad puede ser limitada por conflictos de otros miembros del grupo del niño y límites puestos por el líder del grupo. Por ejemplo, Murrieta explica como algunas niñas prohibieron que los niños más chicos de su grupo fueran con los educadores de una OSC (2008: 84). Los lazos íntimos del grupo son los más importantes y valen más que las oportunidades a desarrollar otras relaciones fuera de él.

Si el callejero puede participar en relaciones de reciprocidad, ofreciendo un servicio o dinero, logra una posición más poderosa dentro de la red. Generalmente las relaciones son de carácter vertical, donde el niño o joven aprovecha la caridad del dueño de algún negocio, por ejemplo. En estas relaciones, el callejero no tiene poder, simplemente depende de la bondad del otro. Pero cuando paga al policía para dejarlo trabajar en cierta zona, o cubre alguna función en un negocio, cuenta con cierto nivel de poder debido a la reciprocidad de la relación (Murrieta 2008).

Finalmente sirve considerar cómo las redes influyen de manera directa e indirecta en la permanencia de los niños y jóvenes en la calle. De manera directa, son las relaciones requeridas para cubrir las necesidades básicas en la calle. Más allá, las relaciones de poder y reciprocidad que desarrolla un callejero afectan su carácter y autoestima, aumentando su habilidad e interés de sostenerse en la calle. “Una red de apoyo amplía da seguridad... [el niño] se siente seguro de sí mismo, de su capacidad de seguir adelante. La carencia de apoyos provoca la huída [de la calle]” (Murrieta 2008: 93). Por el otro lado, la habilidad de desarrollar estas relaciones sugiere mayor posibilidad de integrarse al mundo de inclusión social, fuera de la calle, ya que la reciprocidad es fundamental en las relaciones sociales de nuestro mundo. Por eso, podemos plantear un contra-argumento que las relaciones de poder y reciprocidad también son fundamentales para que el niño elija abandonar la calle y desarrollar un proyecto de vida fuera de ella. ¿Cómo realmente afectan su decisión a permanecer en la calle o dejarla?

Conclusiones

La calle es un espacio complejo, desarrollado desde el imaginario y las prácticas cotidianas de las poblaciones callejeras. Redes sociales y relaciones de poder determinan los territorios y la permanencia de los niños en diferentes zonas. Esta realidad ha resultado en la expansión de las redes y mayor migración entre los callejeros, contribuyendo a la abstracción de los territorios. ¿La eliminación de estas relaciones llevaría a los niños a dejar la calle por agotamiento o les motivaría a buscar nuevos contactos, expandir sus redes y ampliar su territorio? La respuesta depende de cada caso, pero no podemos negar la expansión de las poblaciones callejeras fuera de los centros urbanos y la relativamente fácil integración de los niños a estos grupos por medio de la cultura callejera que comparten.

Los estudios demográficos, así como las teorías e investigaciones sociales se han enfocado en los grupos escuelas y las poblaciones infantiles, sin considerar la diversidad de la cultura callejera. A pesar de los diferentes tipos de grupos y la movilidad de los callejeros, reconocemos una cultura y mundo de vida común entre ellos, los cuales son dominados por redes sociales y relaciones de poder. Los que intervenimos con las poblaciones callejeras tenemos que partir del reconocimiento de la cultura callejera como otro mundo de vida. Es difícil encontrar eslabones y lograr relaciones horizontales entre la realidad callejera y el mundo de vida de la inclusión social, pero hay que asumir el reto y superar la idea que la eficacia se mide por la extracción del niño o joven de su mundo de vida y abrirnos a considerar los éxitos que se pueden lograr dentro de esta realidad en relación a la garantía de sus derechos y bienestar.

REFERENCIAS

BAYAT, Asef. *From Dangerous Classes to Quiet Rebels. Politics of the Urban Subaltern in the Global South*. *International Sociology*, 15 (3). 2000.

CORNEJO Portugal, Inés. *Los hijos del asfalto. Una prospección cualitativa a los niños de la calle*. Universidad Iberoamericana. México. 1999. Extraído el día 26 de febrero del 2009 de <http://convergencia.uaemex.mx/rev19/pdf/cornejo.PDF>.

DE VENANZI, Augusto y HOBAICA.Gisela. *Niños de la calle. ¿Una Clase Social?*, en “Trabajo y Sociedad”. No. 6, Vol. V. Junio - septiembre de 2003. Santiago de Estero. Argentina. Extraído de <http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/DeVenanzi.htm> el 13 de junio de 2009.

FLETES Corona, Ricardo. *La infancia abandonada*. El Colegio de Jalisco, Guadalajara. 1996.

GDF, DIF DF y UNICEF. *Niños, Niñas y Jóvenes Trabajadores en el Distrito Federal*. 2000. Extraído de http://white.oit.org.pe/ipec/.../resumenninostrajadores_mx.pdf el 28 de noviembre de 2008.

HECHT, Tobias. *At Home in the Streets. Street Children of Northeast Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press. 1998.

HERNÁNDEZ Árciga, Esperanza. *A la orilla del camino. Identidad local, prácticas y representaciones espaciales en Chilpancingo, Gro.* Tesis doctoral. CIESAS Occidente. 2008.

IASIS. *Censo de personas en situación de calle de la Ciudad de México Tú también Cuentas*. Sin publicación. 2009.

LUCCHINI, Ricardo. *Sociología de la supervivencia: el niño y la calle*. Suiza, México: Universidad de Fribourg, Suiza y Universidad Nacional Autónoma de México. 1998.

128 MURRIETA Cummings, Patricia. *Poder y resistencia. El proceso de permanencia de los niños de la calle en la ciudad de México*. Plaza y Valdez. México. 2008.

PÉREZ García, Juan Martín. *La infancia callejera: Apuntes para reflexionar el fenómeno.*, en “Revista Española de Educación Comparada” No. 9. 2003.

Entrevista informal realizado el día 17 de agosto en las instalaciones del Caracol, A.C. México. 2009.

RED POR LOS DERECHOS DE LA INFANCIA EN MÉXICO (coord.). *La infancia cuenta en el Distrito Federal 2008*. RedIM. México. 2008.

REDONDO, Patricia. *Entre el desasosiego y la obstinación: maestros, niños y padres en escuelas en contextos de pobreza*. Tesis de maestría en ciencias sociales. FLACSO. 2002.

RIZZINI, Irene y MANDEL Butler Udi. *Life Trajectories of Children and Adolescents Living on the Streets of Rio de Janeiro.*, en “Children, Youth and Environments”. Vol. 13(1). 2003. Extraído el 26 de febrero del 2009 de <http://cye.colorado.edu>.

SHAW, Kurt. *Hacia una teoría general de la calle*. 2002. Extraído el 26 de febrero del 2009 de <http://www.shinealight.org/Teoriageneral.rtf>